

PRECIO: 6 Centavos

LA PROTESTA

PORTE PAGO

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administración: Perú 1537

U. Telefónica, 0478 B-Orden

LA VERDADERA ARMONIA

De los arribales del cisma y de la veindad del confesionalismo y la indefinición, parte un llamado de concordia anarquista. Nosotros podríamos devolver con un duro canto ese hipérita clamor de los que alientan la discordia y atan con sus enojados las fogatas del odio. Pero no es el caso de confundir con una hoguera los fuegos fatuos de la garrulería andante.

No nos hacemos, sin embargo, eco de ese llamado. Aquí no hay nada que armonizar, y si mucho que definir y expurgar. Y en eso estamos. ¿Cómo pueden llamar a la concordia los que mantienen izada la bandera de guerra y se han afilado a una bandera? Eso es mentir a sabiendas, engañarse y engañar.

Si lo que aquí se ventila es una cuestión de hombres, que se calen los que ya tenían por anticipado definida su posición y preparada su guerrilla. Si, por el contrario, están en juego las ideas, el criterio interpretativo de la propaganda y de la acción anarquistas, cabe que cada cual busque en sus opciones la afinidad requerida para toda clase de actividades revolucionarias. Y la armonía, por lo mismo que debe ser electiva, se encontrará entre los grupos afines y entre los militantes que están de acuerdo en realizar determinada labor.

Para los que protestan de la imposición nuestra y reclaman toda la libertad para combatir la forma de apreciar las cuestiones de la propaganda por parte de los militantes de la F. O. R. A., no puede existir un criterio armonizador. Ellos jamás aceptarán nuestra manera de ser y nosotros no estamos dispuestos a someternos a su capricho. De ahí que la solución esté en su alejamiento de las organizaciones que combaten y en la definición de su conducta como enemigos del anarquismo que LA PROTESTA propaga y la F. O. R. A. encarna.

Situándose cada cual en su esfera de acción, estableciendo una línea divisoria entre las dos modalidades anarquistas en pugna, justificando con argumentos doctrinarios los antagonismos que nos separan, se llegará a la única posible armonía: a la coincidencia de esfuerzos realizados empleando distintos medios de lucha. Pero, si se pretenden armonizar divergencias de opiniones, no se ahoga la crítica de los impenitentes críticos o se la erige en inflexible norma de conducta colectiva! En cualquiera de ambos casos se lastima la libertad de alguno y se sacrifica la opinión de los que pierden la partida. Lo lógico, pues, está en esa definición de tendencias, de conceptos tácticos, etc., que venimos reclamando desde que hizo crisis la emboscada y el ataque arrojado en esta pública ventilación de divergencias, de odios y de enojos.

Para armonizar es necesario previamente discutir y poner de acuerdo a los adversarios. Aquí no se discute la personalidad de nadie, aun cuando en los corrillos se haga mención de personas y a ellas se les atribuya el origen del entredicho.

El verdadero obstáculo a la deseada armonía no está en los que plantean divergencias y exponen públicamente sus puntos de vista tácticos y doctrinarios; lo representan los disidentes empujados en ocultar sus disidencias, los neutrales, los ambiguos, los que no se atreven a tomar partido en esta lucha ideológica provocada por el sector cismático. De ahí que todo intento de armonía, si no reconoce el fondo del problema planteado y no va a las causas que determinan con esta campaña revisionista y depuradora, constituya en sí un nuevo motivo de división.

No es posible situarse en un terreno neutral para gritar contra los individuos que aparecen empujados en una reyerta personalista. Aquí se ventila una cuestión de principios y tácticas de lucha, de consecuencia con las ideas. Y poco importa que los inconsecuentes, los extraviados o los inmorales sean Puro o Zurrano. Los hombres, las personalidades de rubicón, los ídolos de barro podrán reunirse en torno a una partida vociferante y promover escándalo en nuestros periódicos y en nuestras tribunas. Pero la opinión anarquista

no se suglesiona con algarazas y ruidos de cacheteros; se va afirmando en el análisis de los problemas que se plantean y en el estudio de la conducta de quienes asumen la responsabilidad de ésta necesaria ventilación del criterio interpretativo de los fenómenos sociales que más directa y fuertemente influyen en la trayectoria del movimiento obrero y anarquista de este país.

Los neutros y ambiguos, los que dicen que todas las acciones se justifican y todos los extraviados guardan relación con las ideas anarquistas, ofrecen la única base de actuación a los divorciados con la propaganda seria y metódica de nuestros principios. Por culpa de los neutrales, por la indiferencia de los que únicamente veían una cuestión personal en la campaña depuradora que iniciaron y llevaron a feliz término los compañeros que se mantuvieron fieles a los principios en el período crítico para la F. O. R. A. y el anarquismo, pudimos los conversos al bolchevismo, quisimo hacer pie en algunos gremios quinistas y disputar las posiciones que no enojaban a su personalidad moral. Y también entonces, como hoy, los progresores de la armonía pedían el cese de la lucha y ofrecían su mediación creyéndose los únicos militantes no contaminados por el virus de la discordia y el personalismo.

Fracasaron aquellos compondedores ofidiosos como fracasarán los que ahora nos entonan sus canciones armoniosas y fraternas. No tenían opinión, o no se atrevían a exteriorizar públicamente sus puntos de vista sobre el entredicho suscitado. Pero obraban en los grupos y camarillas de afinidad... como factores de la discordia que pretendían acallar con sus letanías pacifistas.

Recordamos que ciertos jefecillos de la línea ideológica, neutrales en la lucha que tenía por escenario los cuadros de nuestro movimiento obrero, se comprometieron a colaborar en la ficción revolucionaria del anarco-bolcheviquismo. Creyeron que la opinión anarquista se volaría en la empresa sostenida por Moscú y dirigida por los renegados de las ideas. Vieron en el camuflaje subversivo de los unionistas y trabajadores de entonces una corriente capaz de arrastrar a la F. O. R. A. y destruir en un momento la tradición revolucionaria de treinta años. Pero muy pronto comprendieron que el torrente desbordado se convertía en pestilente charca y, simulando arrepentimiento, se retiraron a nosotros para que los obrámanos de nuevos los brazos fraternos.

Hoy vuelven a las andadas. Creyeron dar un golpe con la empresa cismática que proyectaron los ociosos del cenáculo. Y ahí los tenemos, de nuevo frente a la F. O. R. A. y LA PROTESTA, proclamando la disolución de los sindicatos quinistas y arrojando sus débiles hombros a la muralla de la intransigencia anarquista que impide sus incursiones y volteretas en el campo de las actividades creadoras.

Están demás las proclamas de paz. Sobran armonizadores ambiguos y chismosos. Lo que hace falta es decisión, criterio analítico, espíritu de pelea. Que se definan los indefinidos, que cada militante ocupe su puesto que se agrupan en la F. O. R. A. los partidarios de la organización obrera y establezcan un campo de acción propia los anticomunistas, y terminará esta lucha de hombres y de grupos. Si lo que nos separa es una cuestión de criterio de interpretaciones, de preferencias, (es posible intentar llegar a una armonía dentro de un mismo campo de actividad! Juntos, nos seguiremos combatiendo; separados, cada cual tratará de acrecentar su radio de influencia y de superar en propaganda al adversario.

He ahí la única solución armónica. No la quieren así los ambiguos y los neutrales! Ya les obligarán a definirse los mismos acontecimientos que se empujan en detener con sus elegias lloranas y con sus cantos gorriónes.

Fueron los que se empujaron sólo es posible trazando una línea divisoria en las actividades divergentes. Y esa debe ser la aspiración de los que se duelen de estas estériles polémicas en el campo anarquista.

Batalla ganada

Mussolini ya no amenaza. El dictador no está seguro en su pedestal. Podrá dar zancadilla a sus bajas pasiones y soltar nuevamente sus lebreras para que morderían rabiosamente en la carne del pueblo. Pero eso sería su perdición.

Como buen político, como zorro avezado a esperar pacientemente la presa antes de dar el zarzapalo, Mussolini espera que se debilite la oposición y los ánimos se sacreen en el oviedo del asesinato de Matteotti. De lo contrario, si la institución sigue y la amenaza de nuevas bandolerías pesa sobre la cabeza del pueblo italiano, tarde o temprano se levantará en Italia la sorda protesta de millones de pechos doloridos. Y en ese ínterin final está, no sólo la caída de la dictadura fascista, sino también del trono que amparó y protegió a los asesinos camilese negros.

El zorro sabe medir las palabras y esparcar cauteloso que pase la tormenta. Para conformar a los impacientes canes fascistas, análogos de morir, para entretener el hambre de los famélicos mastines que montan guardia en el Capitolio, Mussolini declara que ya fue vencida y desmantelada la fortaleza del Aventino: que la oposición nada puede contra los pretres que convirtieron a Roma en el centro de sus desmanes.

"La batalla está ganada", dice Mussolini en su órgano oficial de la prensa. Pero lo que quiere el dux es ganar una batalla personal en la guerra que declararon a su tibieza los irreconciliables de la cámara fascista. Y es por eso que recomienda calma y moderación a sus inaudiblemente buceos a los trogloditas como Farinacci, a los jefes de escuadra que amenazan al Capitolio con la boca de sus fusiles y acuden a las reuniones del consejo fascista dispuestos a razonar con la cachiporra.

Para el dictador, cualquier solución es buena con tal de conservar el poder. Está dispuesto a renegar del fascismo y a renunciar a sus prerrogativas de César plebeyo. Una cosa es Mussolini, satelacho en su humero, y otra muy distinta las hordas que lo elevaron al poder y los jefes escuadrados que aún creen incompleta la revolución.

La verdadera situación política de Italia no está reflejada en las informaciones oficiales de Roma o en las noticias que dejan pasar la censura. Pero últimamente, sobre todo en la prensa francesa, se pudo enterarse de la verdadera situación política de Italia. Se sabe que los informadores que salieron a relucir ignorados septuagés de la barbárea operación llevada a cabo por la cámara fascista después de la conquista del Capitolio.

La muerte de Matteotti obró el milagro de descubrir el velo que ocultaba repugnantes y ferozes crímenes, ofreciendo al mundo el doloroso espectáculo del martirio del pueblo italiano. Y desde entonces el fascismo perdió su punto de apoyo y sólo sostiene al dictador, con las bayonetas de la militancia y el terrorismo de la cámara.

Un político francés que milita en las izquierdas, al arribar a París, después de un viaje por Italia, dijo lo siguiente respecto a la situación del fascismo después del asesinato de Matteotti:

"Italia se halla en plena crisis política, y las atrocidades perpetradas por el fascismo no engañan a nadie. Después del mes de junio último ha dejado de ser el amo, y los daños causados al fascismo por el asesinato de Matteotti son irreparables. La fuerza de la oposición aumenta, no sólo en el centro oficial de Roma, sino también en las provincias. El prestigio del fascismo declina con tanta rapidez que estadistas de la escuela de Giolitti y de amplia visión del futuro empiezan a regatearlo el concurso que lo habían acordado hasta ahora. Mussolini, sintiendo que pierde terreno, tiende la mano a los liberales, ofreciéndoles cartas, pero mientras el proceso así, los 'camisas negras' rechazan su sangrienta tarta. Las agresiones a mano armada contra los adversarios de la dictadura se multiplican. Basta hablar de Matteotti para ser víctima de los fascistas. Mussolini escucha los protestas de los señores del rey, y aparenta seguirlos mediante comunicados oficiales en que condenan la violencia, pero la violencia perdura. Entre los comunistas, la guerra civil se declara en forma de una contradicción calculada. Roma ha pedido al dictador que proteja la ciudad contra los excesos de la violencia. Es este un síntoma de los tiempos".

La primera víctima del fascismo será Mussolini. Su mayor empuje consistió en ganar la batalla, no a la oposición, sino a los fascistas irreconciliables que preparan la vuelta a la guerra civil, al tarrote y al acto de ficción.

He ahí, pues, por qué el dictador pierde su autoridad y se convierte en un instrumento de los que alzan la discordia y propagan el crimen.

La ley Tallón

En el desborde de pasiones y de odios provocados por las bandolerías y los crímenes del fascismo, no es posible contener la sed de venganza que tortura al pueblo italiano. Donde la justicia es un atributo exclusivo de la fuerza y la violencia, se ha erigido en la única norma de vida social, es imprescindible la aplicación de la ley Tallón: "ojo por ojo y diente por diente".

Fueron los fascistas los que quisieron en auger esa barbárea ley. Al fascismo correspondió la iniciativa del empleo de la violencia y la brutalidad para dirimir sus pleitos políticos o imponer al pueblo italiano el yugo de una feroz dictadura. Y es lógico que los métodos y escarnidos trabajadores de Italia respondan a la violencia

con la violencia y venguen con la muerte a sus muertos.

Informaba ayer un telegrama de Roma de la perpetración de un crimen político. Un obrero carpintero llamado Juan Corvi y que se supone afiliado al partido comunista, disparó en un tranvía dos tiros de revólver contra el diputado fascista Armando Casarini, matándolo. El muerto era por secretario general de las corporaciones fascistas y uno de los enemigos más irreconciliables de los trabajadores conscientes.

Según la versión oficial de ese hecho, el obrero Juan Corvi, al ser interrogado, declaró que era comunista y que quería con su acto vengar a Matteotti. Está justificada esa venganza? En Italia no dimana otra ley que la del Tallón, y es lógico que el proletariado, víctima de todos los excesos fascistas, responda con gestos individuales de coraje y sacrificio a la barbárea práctica del "ojo por ojo y diente por diente".

Este crimen político servirá de lección a los provocadores y asesinos fascistas. Por lo pronto, el consejo fascista, poco seguro de su autoridad, se dirige a los camisas negras pidiéndoles calma y recomendando que no tomen represalias. La muerte de Matteotti fué una ejemplar lección para el bandolerismo fascista y el gesto del obrero Corvi servirá de ejemplo a los que se creían dueños de Italia y preguntan su victoria sobre las doloridas espaldas del pueblo.

A los escondidos

Los fervientes unionistas que fabricaron el baluarte, la muralla y la jiribilla del movimiento obrero argentino, andan a las grandes deudas de la dignidad al que sellaron el sacramental unión del proletariado. La U. S. A. fué desde su constitución un refugio de gallos. Los grupos cismáticos establecieron una terrible pocha para apoderarse de las directivas e imponer su criterio particular. Y resultó, al final de la pelea, que los vencedores fueron los mismos de siempre: los indolores del sindicalismo eriollo.

Primero fueron los comunistas los que tabillaron feroz contienda en los gremios usos para arrastrar a Moscú: la parrita y la vicia central. Fracasaron en su intento, pero se copartaron con una parte del reparo de la U. S. A. Luego les tocó el turno a los socialistas. Y son estos defensores de la unidad obrera los que ahora promueven el divisionismo y se aprestan a levantar vuelo con el ala derecha del movimiento obrero reformista.

"La Vanguardia" no se atreve a proclamar la acción en forma abierta y decidida. Pero aliente a los divisionistas del partido y favorece la improvisación de la tercera central. Y fruto de esa política de la repartición en la U. S. A., es la autonomía de los sindicatos de obreros municipales, de nuestras y de curules. Que recientemente fabricaron un comité socialista de gremios autónomos.

Como consecuencia de esa escisión que pone un peligro la trinchera de barro del ustimo, se discute en la U. S. A. y en el partido socialista el viejo estribillo de la unidad obrera. Unos y otros se acusan de divisionistas. Los dirigentes de la usita local acusan a los socialistas de romper con el frente único, y éstos se defienden alegando que ellos buscan planes más efectivos para cataplania unitaria... en el partido socialista-reformista.

El socialista Pérez Letros, diputado nacional y secretario perpetuo de los obreros municipales, contesta a la usita local una nota de reproche a la actitud asumida por esa grupal al separarse de la U. S. A. Y como cómo argumentan su divisionismo los gestores de la tercera central:

"Suponíamos que nuestra resolución daría lugar a calificaciones de todo género por parte de todos los que se creen poseedores del 'espíritu unionista', de los que al amparo de la palabra unidad cometieron todo clase de hechos que motivaron el desastroso estado de la organización gremial. Por eso no nos temo de sorpresa toda la sarta de improperios que se nos han dirigido, ni los que no se nos dirigen".

"Y mona puede sorprendernos, puesto que antes de calificarnos a nosotros de 'divisivos', fueron calificadas con el mismo mote, y con el mismo desdén, a los miembros que hoy componen el comité local. Si ha hecho tanto abuso de las palabras 'unidad', 'unionistas', etc., que con ellas ya no se convence a nadie de que la unidad obrera se hará con palabras y calificativos más o menos gruesos".

Venimos ahora como plantean la misma cuestión los unionistas de la usita local. En una nota del sindicato de la Industria Metalúrgica contestando a otra de la Unión Obrera Curtidores, se hace esta curiosa constatación:

"Reconocemos con ustedes que el centralismo es absoluto en los directores de la U. S. A., como la unidad absoluta en independencia directiva. Afirmamos que 'Bandera Obrera', órgano central de los trabajadores organizados, es una inmundicia que sirve para las malas pasiones' comidimos con ustedes que el desastre del movimiento sindical fué profundizándose con la obra delictiva de los malos servidores que la clase obrera se tiene a su frente. Todo esto lo subcribimos".

"Pero también richamos energicamente el supuesto cargo que se quiere hacer a la central, de 'corrupción' e influencia política. Afirmamos que el movimiento obrero no se halla en un estado de descomposición, sino que se halla en un estado de florecimiento. No negamos que hubo confiantes políticos en el anterior O. O. Ellos fueron descubiertos y arrojados de las filas obreras".

Esto lo dicen los bolcheviques del sindicato de la Industria Metalúrgica. Y, sin embargo, están en la U. S. A. Y no dan a los sindicatos de obreros municipales, de nuestras y de curules. Que recientemente fabricaron un comité socialista de gremios autónomos.

Asociación, unidad e idealidad

Se confunden demasiado veces los términos asociación y unidad, atribuyéndoles una misma expresión.

Hay quienes suponen que la unidad no plasma en la asociación de los esfuerzos para determinados objetivos.

No es verdad, sin embargo. La asociación es hoy la consecuencia de una necesidad urgente. Y la unidad no siempre existe entre los individuos que se asocian, son asociados por la necesidad. El espíritu tiene, en esta faz de las actividades del hombre, una poderosa influencia. La solidaridad no tiene en la asociación una expresión real. Está en el sentimiento elaborado en la conciencia de los hombres y necesita medios apropiados para su expansión. En la asociación, determinada por factores materiales, ese sentimiento no tiene expresión verdadera. Aun aquellos actos de sacrificio que realiza el hombre asociado, en determinadas circunstancias, no se inspiran, muchas veces, en un propósito de bien colectivo. Son, con frecuencia, actos desesperados de defensa propia o palpables de odio ante la ofensa recibida o el fracaso experimentado en una contienda cualquiera.

Las asociaciones del proletariado no dan a este respecto, abundante materia de juicio. En aquí donde hemos de buscar elementos para afirmar nuestra tesis, pues que los conglomerados burgueses no sirven a nuestro objeto, ya que es notoria su ausencia de propósitos altruistas. Sin embargo no faltan conjuntos proletarios que sí la justifican en métodos y aspiraciones.

En sabido que los capitalistas no asocian para la explotación de una industria, para la defensa de la mina o para la conservación de los intereses creados frente a las ofensivas de los trabajadores. No tienen esa vista otra cosa. Ninguna pasión ni sentimiento humano los impulsa a esa lucha. No se leteña un vínculo espiritual los une, pero a lo mejor no se conocen entre sí por estar despararrados por todas las latitudes de la tierra, los gestores de las sociedades empre-

cas industriales, y sin embargo están asociados cuando de esa conjunción de esfuerzos combinados muy provechosamente. Hay tres de diversos creos y diferentes raas, coinciden en un propósito común de orden material, aunque los dividan las más variadas tendencias, los hábitos más antitéticos y los dogmas más inconciliables. No tienen una fisonomía étnica. En esos conglomerados humanos, porque los falta una idealidad superior. Las cosas del espíritu no entran para nada en estas manifestaciones de la asociación entre hombres.

Trasladado el hecho a las organizaciones de combate del proletariado, pues que no es en el fondo diferente, y tendiendo la evidencia de su absoluta falta de unidad.

Verdad es que no todos los órganos proletarios se limitan a una poca cosa. Que el número de los que confían en la eficacia del sindicato como arma destinada a asegurar un buen salario y una mejor vida, disminuye lentamente. Pero el origen del sindicalismo no es otro: su génesis y sus proyecciones son idénticas a las que mueven a los capitalistas a agruparse para intensificar la explotación, extenderla y lograr de ella los perfectos siempre crecientes.

Por desdichado que no puede pararronarse la condición del proletario con la del capitalista, puestrá o grande. Son absolutamente distintas. No es igual la existencia del hombre que trabaja y sufre infinidad de privaciones, a la del parásito que se regala a costa del esfuerzo ajeno.

En este aspecto de la vida humana, hay una diferencia irrefutable entre la suerte del productor y la del constructores. Pero esto es lo deplorable — no se diferencian uno del otro, numerosas veces, en aspiraciones. Si el instituto obrero de finada la nave burguesa, a través de los mares agitados del interés, ese mismo tintero indica la ruta del arquitecto obrero. Ambos espíritus son naves piratas, lanzadas a aventuras por la conquista del buen bofin. El hecho de que uno sea más afortunado que la otra, por

